

EL EJÉRCITO

Padre *Pedro José Ynaraja Díaz*

El título provocará sarpullido en algunos. Advierto que el patrono de diversos países es San Jorge, que, según tradición fue militar, San Martín también. El fundador del escultismo, Baden Powell, general británico. Y que el primer pequeño gran Pentecostés, saltándose el Paráclito las normas divinas habituales, fue favor a Cornelio, oficial de un ejército extranjero, dominador del Israel de tiempos apostólicos.

Tengo alguna experiencia respecto al estamento militar. Por mi casa han estado desde un legionario, un Capitán de Ingenieros, hasta un General de Estado Mayor. Fuimos felices durante su estancia y hasta continúo manteniendo estrecha amistad con el último.

Acudiendo a tópicos, no a estadísticas, digo siempre que un militar inglés, es diferente de un francés o de un español y, evidentemente, de uno americano, tanto del norte como del sur. Téngase en cuenta, pues.

Cambio de tercio.

Un amigo me decía: en Francia, después del seminario, la mayor procedencia de los sacerdotes es el ejército, algo especial tendrá la milicia, digo yo.

Y que no se le acuse de corrupción, que en todos los sitios, política, negocios y clerecía, cuecen habas, dicta el refrán.

Estoy de acuerdo en que la liturgia no es un espectáculo, ahora bien, la actitud corporal de los asistentes, en el presbiterio y en la nave, debe ser bella.

La Belleza Salvará al Mundo, decía Dostoievski.

Si quiero dar ejemplo de celebración cristiana en el país donde resido le llevo a Montserrat, la belleza de su liturgia cautiva incluso a no creyentes, lo afirmo hasta por experiencia familiar, al templo del Tibidabo donde la adoración perpetua, la soledad y quietud de los comprometidos, que responsablemente se entregan a la oración intercesora, impresiona a cualquiera y al interior de la basílica de la Sagrada Familia, fantástico canto pétreo a la Trascendencia que a nadie con un mínimo de sensibilidad deja indiferente.

Cuando uno observa, en el culmen de un desfile militar, el homenaje a los difuntos y contempla la formación castrense que en actitud respetuosa canta emocionada el himno "la muerte no es el final"(de Cesáreo Gabaráin) y alguna lágrima se desprende de alguien, a los que después, con una corona de laurel, se acercan al monumento donde la depositarán e invade el ambiente un absoluto silencio, que solo poco después cortara un solitario toque de trompeta, siente dentro de sí que la Trascendencia le empapa y sitúa a uno en otra realidad.

El toque de silencio, o toque de oración, solo es comparable al silencio de Taizé. Ganándole el militar por su visible testimonio de incomparable humana disciplina.

El himno que mencionaba, del autor de la famosa y muy conocida canción, "Pescador de hombres" la compuso con motivo de la muerte de un chico de 17 años, que era el organista de la parroquia. Más tarde el Teniente General José María Saez de Tejada, la escogió para su arma. En la actualidad la canta tanto el ejército como la misma Guardia Civil. Os recomiendo, queridos lectores, que la escuchéis primero cantada por Aihoa Arteta, con motivo de una fiesta nacional y después, podéis escoger las otras interpretaciones, tanto de tropa de tierra, como de marina, o de paracaidistas, amén de la legión. Otros ejemplos corresponden a momentos de oración con motivo de la Semana Santa, cantados por coros o por intérpretes singulares de muchos sitios.

He olvidado señalar que tales ejemplos los encontraréis en youube.

*Tú nos dijiste que la muerte
No es el final del camino
Que aunque morimos no somos
Carne de un ciego destino
Tú nos hiciste, tuyos somos
Nuestro destino es vivir
Siendo felices contigo
Sin padecer ni morir
Cuando la pena nos alcanza
Por un hermano perdido
Cuando el adiós dolorido
Busca en la fe su esperanza
En Tu palabra confiamos
Con la certeza que Tú
Ya le has devuelto a la vida
Ya le has llevado a la luz*

Advierto que la letra aceptada por el ejército cambia alguna palabra ya que no se trata de un joven de 17 años a quien se le recuerda y que en este caso solo cantan dos estrofas. Vuelvo a repetir el nombre del autor: Cesareo Gabaráin, sacerdote del país vasco.